

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

JUSTO BOLEKIA BOLEKÁ

Los recuerdos del abuelo Bayebé y otros relatos bubis

[“Mi sobrino consorte Anfiloquio”]

Edición impresa

Justo Bolekia Boleká, *Los recuerdos del abuelo Bayebé y otros relatos bubis* (2014)

En

Justo Bolekia Boleká (2014) *Los recuerdos del abuelo Bayebé y otros relatos bubis.* Madrid; Sial/Casa de África. (pp. 75-94)

Edición digital

Justo Bolekia Boleká, *Los recuerdos del abuelo Bayebé y otros relatos bubis* [Mi sobrino consorte Anfiloquio] (2015)

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
Noviembre de 2015

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.

Los recuerdos del abuelo Bayebé y otros relatos bubis
Justo Bolekia Boleká

Mi sobrino consorte Anfiloquio

Todos nacemos sin saber realmente por qué, aunque siempre hay alguien que nos recuerda, de mayores, que nacer es el mejor regalo que nos ha podido dar la vida, o lo que los creacionistas denominan Dios. Nacemos para aprender a vivir, o quizá llenar nuestro tiempo para poder morir, aunque nos cueste admitirlo y casi nunca lo conseguimos. Y entre tanto, vivimos todo lo que podemos y nos vamos preparando como miembros de una comunidad, o la misma comunidad nos aparta de ella con el paso de los años, aunque a veces la vida nos juegue malas pasadas y nos arranque la existencia, de repente, sin darnos tiempo a volver a nuestro terruño. Un refrán de los bubis de Fernando Poo (actual isla de Bioko, en Guinea Ecuatorial) dice que "Un extranjero puede estar veinte años fuera, pero siempre vuelve a su pueblo". Como miembros de esta etnia o comunidad, siempre hemos creído a pies juntillas que dicho refrán contenía toda una sentenciada verdad. Pero la experiencia ha demostrado, de forma implacable, que no siempre es así, porque los huesos de muchos bubis se quedan en tierras extrañas y ajenas, como los del protagonista de este relato, y a quien acompañaron de lejos unos seiscientos bubis. Digo de lejos porque ni hubiesen cabido en el ataúd ni tampoco en la cámara mortuoria.

"CACHITO", CACHITO

El día 27 de junio parecía un día cualquiera entre los que habían transcurrido y los que le quedaban a ese año del Señor de 2007. Pero hilando las cosas que sucedieron en mi entorno, puedo decir que no fue un día cualquiera, a raíz de lo que guardo en mi memoria, acerca de todo cuanto aconteció ese día y los tres o cuatro siguientes.

Me encontraba sentado en mi despacho de profesor universitario, todo un privilegio y un gran premio para un inmigrante ya integrado, asimilado, vinculado, doblemente deculturado, y también condenado a vivir las desventajas del inmigrante, como visitar alguna que otra celda de comisarías, ser cacheado, nadar en el asfalto de una ciudad peninsular, etc. Pero eso no me impedía pensar, comer, vivir y soñar como cualquiera de las personas de mi tierra de acogida. Mi sofá era de color granate y para una sola persona. Tenía las piernas extendidas y mi espíritu relajado mientras sonaba una canción de Nat King Cole titulada "Cachito":

Cachito, cachito, cachito mío,

Pedazo de cielo que Dios me dio,
Te miro y te miro y al fin bendigo,
Bendigo la suerte de ser tu amor.

Ese día del caluroso mes de junio castellanoleonés de 2007, mi sobrina Pitusa-Claudia sufrió un tremendo impacto psicológico, eso que los especialistas de la "azotea" denominan perturbación mental transitoria. Es algo que le dura hasta la fecha, como consecuencia del suceso que paso a relatar a continuación.

Cachito, mi sobrino consorte, esposo o, mejor dicho, compañero sentimental de mi sobrina Pitusa, hija de mi primo-hermano Vicky, regidor que fue de la antigua Clarence City (hoy Malabo) de Fernando Poo (hoy isla de Bioko, en Guinea Ecuatorial), llevaba mucho tiempo enfermo. Joven de trato afable y animador de las fiestas que organizaban los bubis de Madrid, había dejado de verse en los lugares habitualmente frecuentados por sus paisanos, como los entonces locales de Rof y Pripri en Fuenlabrada, o los de Keep, Nsimalen y Makassi en el polígono Urtinsa-II de Alcorcón.

Cachito pasaba las horas, los días y las noches recorriendo los pasillos de los ambulatorios del barrio de Carabanchel, o de los hospitales Doce de Octubre, La Paz, Severo Ochoa, Getafe, etc. Y cuando los experimentados médicos le daban algunos días de descanso, se quedaba sentado en el balcón de la casa de Pitusa, situada en la calle de Alcatraz, a unos cuantos metros del Sacramental de San José, frecuentado por los vecinos de toda la barriada durante los calurosos días del mes de julio, gracias a las piscinas que había instaladas en sus terrenos, y también a los bajos precios de las entradas.

Decían las resbaladizas y viperinas lenguas de mis paisanos que Cachito, mi sobrino consorte, ya no tenía pelos, ni ojos, ni lengua, ni dientes, debido a las sesiones constantes y continuas de quimioterapia que le aplicaban en cada uno de los hospitales, sobre todo el del Doce de Octubre, porque le venía más cerca y porque el nombre del hospital le recordaba la fecha de la independencia de Guinea Ecuatorial, su país (o expaís para otros, una fecha que marcaría para siempre el fatal destino de todos los oriundos de la antigua Fernando Poo (hoy isla de Bioko).

Mi amable y popular sobrino consorte era padre de dos hijos conocidos: una niña, cuya madre se encontraba en las Américas de los Estados Unidos, y un niño de unos seis años, y cuya madre era mi sobrina Pitusa-Claudia, hija, como ya dije antes, de mi primo-hermano Vicky, regidor que fue de la antigua Clarence City (hoy Malabo, y una vez Santa Isabel).

Después de tantos intentos científicos y paracientíficos, Cachito, mi sobrino consorte, dejó este mundo para ir a reunirse con sus ancestros, según acostumbraban a decirnos nuestros mayores. Yo me enteré del fatal desenlace encontrándome en la villa de Teresa Cepeda Ahumada, sentado en mi sofá, intentando relajarme después de tantas horas de trabajo. Sonó mí teléfono celular y al pulsar el botón para hablar, escuché la voz de mi sobrina Mari-Carmen, también hija de mi primo-hermano Vicky.

– Tío –dijo la voz desde alguna parte de la ciudad de Madrid–, Cachito ha muerto.

– ¿Cómo? ¿Por qué ha muerto? ¿De qué ha muerto? ¿Dónde está Pitusa? ¿Se lo has dicho a su padre? ¿Dónde será el velorio? ¿Y cuándo será enterrado?

Hice muchas preguntas absurdas a mi sobrina Mari-Carmen; pero son algunas de las que se hacen en momentos similares. Ésta solo me dijo que el velorio se instalaría en el Tanatorio Sur de Madrid, en Carabanchel, y que sería enterrado en el cementerio del mismo nombre. No podía hablar más, porque se cortó la comunicación, señal de que no tenía saldo, o no había buena cobertura en el lugar donde se encontraba.

Eran las diecisiete horas del viernes día 22 de junio del año 2007. Desde el teléfono fijo de mi despacho llamé a mi sobrina Pitusa-Claudia a su casa. El teléfono sonó durante mucho tiempo y al final lo cogió. Al escuchar mi voz se echó a llorar desconsoladamente:

– Tío, tío, tíooooooooo, Cachito se ha ido, Cachito se ha ido, me ha dejado sola, me ha dejado sola, se ha ido. ¿Qué voy a hacer, tío? ¿Qué voy a hacer, sola en este mundo, sin Cachito?

Hace muchos años que presumo ser un artista de la palabra, un manipulador del lenguaje, un maestro de la oratoria popular y no popular. Pero en ese momento no supe qué decir. Escuché a mi sobrina Pitusa-Claudia, hija de mi primo-hermano Victorino –Vicky para los más allegados–, durante un buen rato.

– Tío, ¡qué desgracia la mía! ¿Cómo voy a soportar su ausencia en esta casa? He llamado a tu hermano y no consigo hablar con él; no sé qué hacer, estoy sola, me he quedado sola, viviré sola, ¡Qué desgraciada soy!

Al cabo de un buen rato logré articular algunas palabras, las necesarias para que ella se callara y me dejara despedirme:

– ¡Tranquilízate, Pitu! Llamaré a tu padre ahora mismo. ¿Estás sola en casa? Ahora voy para allá. Ahora voy para allá. No llores más; son cosas que pasan, la vida es así, ahora voy para allá, ¿vale?

Y pulsé la tecla de fin de la comunicación. ¡Cuán necesario es morir para saber cuánto se quiere a alguien! Deberíamos todos morir de vez en cuando para saber quién nos quiere para bien. Cachito había muerto y su mujer, o mejor dicho, su compañera sentimental, le quería ahora con locura. Pero cuando el recién muerto Cachito quería ir a alguna fiesta... Casi me dejé llevar por algunos recuerdos, pero me serené. Hice unas cuantas llamadas y se me hizo tarde. A eso de las 21 horas volví a llamar a mi sobrina Pitusa-Claudia, pero no cogió el teléfono. Ordené unas cuantas cosas en mi mesa, cogí el coche y me dirigí directamente al Tanatorio Sur de Carabanchel. Llegué a eso de las veintitrés horas de ese viernes. Miré los monitores que la Funeraria tenía instalados en el gran pasillo. Busqué el nombre Cachito entre los muchos finados, pero no lo encontré.

Mi sobrino Cachito es hermano de Muápé –me dije–, un conocido ciego y hermano suyo que paraba en la Glorieta Ruiz Jiménez de Madrid. Muápé se apellida Beacá Sobé, por lo tanto,

debo leer Cachito Beacá Sobé.

Pero en la relación de los fallecidos, el único que llevaba dichos apellidos era un tal Anfiloquio. Leí todo el nombre: Anfiloquio Beacá Sobé, sala 13. Y fui para allá. A medida que me iba acercando a esa penúltima residencia, me fui encontrando con gente conocida, sonriente, charlando, formando pequeños grupos según afinidades o intereses. Con cara de circunstancias, correspondí a los gestos de salutación de muchos de esos conocidos y me metí en la sala 13. Dentro habría más de ciento trece personas, unas sobre otras, entonando canciones en latín, en castellano y en bubi, lengua de Cachito, y desde entonces Anfiloquio Beacá Sobé para mí, bubi de pura cepa, y natural de Basakato de la Sagrada Familia, la ciudad del barco, lugar donde el Sol siembre brilla en la frente de la gente.

Tras varios intentos logré acercarme al ojo de buey, detrás del cual se encontraba el ataúd, apartado de los plañideros familiares y no familiares. Junto al espejo se encontraba mi sobrina Pitusa-Claudia, quien al verme se echó a mis brazos y lloró más que una magdalena.

Yo dejé llorar a Pitu, la forma cariñosa que utilizaba para llamarle. Su cuerpo, pegado al mío, estaba deliciosamente caliente. En ese momento recordé las palabras de mi difunto tío-materno Vicente Ripeu Bakabo, cuando me decía que "la carne y la persona nunca deben permanecer juntas". Simplemente quería decirme que el hombre y la mujer, en determinadas circunstancias, sienten una instintiva atracción física profunda que suele estar por encima de la consanguinidad. Según mi tío-materno Vicente, cuando vivía en la calle Lorenzana del barrio de Estrecho en Madrid con su hija Redonda, mi prima, yo no debía permanecer en su casa con su hija, mi prima, solos, para evitar esa posible atracción carnal. Ahora, al sentir el calor que el cuerpo de mi sobrina Pitusa-Claudia desprendía y me envolvía, comprendí lo que en su día quiso darme a entender mi tío Vicente Ripeu (empleado que fue de la compañía aérea de Iberia).

Mientras tenía a Pitu en mis brazos, miraba el ataúd cerrado que había detrás del gran ojo de buey. Sobre la mesa que se encontraba en medio de tanto gentío, estaba la foto de Cachito. ¿Por qué cerraron el ataúd si en momentos parecidos todos los acompañantes querrían ver cómo habían engalanado al finado en su último acto público? ¿Era cierto aquello de que ya no tenía ojos, ni pelos, ni orejas?

LAS DESGRACIAS, CON PAN, SON MENOS

Si en la sala 13 había más de ciento trece personas, fuera de ella habría más de quinientas, entre familiares, amigos, conocidos, desconocidos, curiosos, solidarios, etc., porque la muerte es uno de los actos sociales más relevantes en la sociedad de los inmigrantes bubis de la isla de Bioko. Uno de los bubis compungidos, de nombre Ministro, natural del poblado de Santa Teresa de Bososo, dirigía el coro espontáneo que se había formado en la sala. Entonaba cánticos litúrgicos en latín, en

español, en bubi y en *pidgin-english*. La mayoría de los presentes los conocía. Era una inequívoca señal de que, quien más quien menos, todos estaban totalmente inculturados, es decir, que habían logrado relacionar su fe y su cultura, según las enseñanzas y los preceptos marianos de la Santa Madre Iglesia Católica. El latín, antes lengua de Dios, era el más utilizado, aunque de vez en cuando Ministro entonara alguna canción bubi tristona, idónea para la ocasión. Pero solo le acompañaban unos cuantos como coro, ya que esta lengua ya no era de Dios ni tampoco necesaria ni indispensable para la existencia de ningún bubi siendo, por consiguiente, abandonada por sus más viejos conocedores.

Mientras unos lloraban desconsoladamente, como los hermanos de Cachito, sobre todo el veterinario Menas Beacá Sobé afincado en Londres, como su madre, o su hermana Fuenci-Nòná, otros ponían caras tristonas como si aquello fuese un aviso de que todos pasaremos por la misma experiencia, tarde o temprano, y otros charlaban y aguardaban el inicio del catering. Sí, el *catering,* porque había que dar de comer y beber a esa gente que en ese momento había dejado la cómoda estancia de sus casas para acompañar a Pitusa-Claudia o a Fuenci-Nòná.

En alguno de los rincones de la abarrotada salita, se había habilitado un pequeño almacén para colocar varias botellas de bebida alcohólica, muchas cajas de cerveza de diferentes marcas, muchos refrescos, pasteles hechos de urgencia, buñuelos *pof-poff*[*] y *makara*[†], y café, mucho café.

Miré detenidamente la foto de Cachito, y traté de imaginarme su cara y su cuerpo en ese ataúd cerrado herméticamente, a cal y canto. ¿Cómo pueden los presentes estar seguros de que el cuerpo sin vida de quien se llamó Anfiloquio Beacá Sobé, es el que hay en ese ataúd? ¿y si es otro cuerpo, confundido con el suyo? Pasan tantas cosas en esta España nuestra que ya cuesta creerse lo que no se ve.

Todavía estaba abrazado a mi sobrina Pitusa-Claudia cuando su hermana Mònamí se nos acercó, acompañada de su inseparable y quiquiricueta amiga Verá:

– ¡Hola, tío! –dijo ella.

– *Mòná, háò fo yúu?* (¿cómo estás?) –le saludé en *pichinglis.*

Al hacerle esta pregunta insensata en ese momento, su respuesta fue más circunstancial y adecuada:

– *A déë!* (estoy) –y dirigiéndose a Pitusa, su hermana de padre y madre, dijo:– *Pitu, wi gè fo síév di tín den fo di pípul* (Pitu, tenemos que servir las cosas a la gente).

– *Mòná, ö na dú lekáò ö na mèmba* (Mòná, hacedlo como lo habéis pensado) –le habló Pitusa-Claudia.

Al oír eso, Verá se apartó, no sin antes hacerme un gesto de saludo guiñándome uno de sus preciosos ojos, gesto al que correspondí con otro similar, pero de subida y bajada rápida de párpados. Con una mirada, convocó a unas cuántas mujeres en el rincón donde se encontraban los

[*] Bolitas fritas hechas con harina, levadura, azúcar, un poco de cebolla y nuez moscada.
[†] Bolitas fritas hechas con harina, banana, cebolla, sal y un poco de picante.

víveres. Y en seguida se formó el servicio de catering. Cogieron algunas cosas y formaron una fila. La encabezaba la esbelta Verá llevando una gran bandeja de buñuelos *pof- pof* muy ricos, hechos con harina de trigo, levadura, mantequilla, un poco de cebolla, sal y una pizca de nuez moscada. La seguían otras señoras, bastante agraciadas en carnes. Una sostenía una bandeja mediana llena de trozos de pastel casero, también muy rico, en cuya realización se había añadido yogur. Otra con vasos de plástico cortos y largos, todos transparentes. Otra con bebidas de muchos grados de alcohol. Otra con cervezas y refrescos y la última con dos grandes termos: uno de café y otro de leche, por si alguien quisiera un café solo o, por el contrario, uno con leche.

Empezaron el servicio de *catering* en la salita, ya despejada, y donde quedaban los familiares directos de Cachito, los coristas y algún que otro recién llegado, con la mirada fija en el ataúd que se encontraba rodeado de coronas de flores con bandas color violeta, detrás del ojo de buey. "Tu madre y tus hermanos se acordarán siempre de ti", se leía en una banda. "Tu esposa e hijos no te olvidan" podía leerse en la banda que rodeaba la corona de flores más grande. ¿Cómo que tu esposa –me pregunté en mis profundos adentros sin que nadie pudiera escucharme–, si no se habían casado todavía Pitusa y el recién difunto Cachito? Pero en seguida recordé las palabras que una conocida de nombre Bëkömbë, muy lustrosa y agraciada en carnes, solía decir: cuando un chico y una chica, o cuando un hombre y una mujer practican la coyunda con una mínima regularidad, se convierten en marido y *marida*, por aquello de esposo y esposa.

Minutos después de iniciarse el servicio, hubo un silencio en la sala, porque las bocas estaban realizando su primera función, la de comer para llevar la suficiente energía al cerebro y poder aguantar toda la noche en ese concurrido tanatorio sur de Carabanchel.

Era divertido ver ese cuadro de rumiantes allegados, conocidos y curiosos del finado Cachito. Cada persona tenía una manera distinta de masticar los buñuelos y el pastel, porque los primeros, al ser más duros, exigían un mayor esfuerzo de los molares. Pero para eso estaba la bebida, para humedecer la bola formada en la boca, de manera que pudiera bajar suavemente por el esófago hasta llegar al estómago. Incluso las espontáneas plañideras tuvieron que llevarse algún bocado a la boca, aunque compaginando el comer y el cantar, o manducar y llorar. Lo mismo hacían los familiares del finado Cachito.

Al servir a todos los que había en la salita, el cortejo de las seis señoras sirvientas encabezadas por Verá, pasó a servir a las ya casi seiscientas personas de fuera. Buñuelos, pasteles, alcohol, cervezas, refrescos, café, etc., hicieron callar las bocas durante un tiempo. Hasta hubo quien repartió nueces de cola, el excitante natural del que los científicos habían obtenido el componente básico de la viagra, porque la nuez de cola era siempre masticada por los mayores del pueblo, y sus jóvenes esposas nunca se quejaban de su práctica marital.

Cachito seguía allí, encerrado en su ataúd, y sin que nadie le viera la cara. Todos saldrían de allí sin saber cómo iba ataviado en ese último viaje al Más Allá de los ancestros de todos los concentrados bubis y no bubis que le acompañaban.

– A Cachito le gustaban los buñuelos que le hacía, decía su hermana Fuenci-Nònà. Podía comerse un kilo de buñuelos hechos con harina y banana "fó kòna" (una clase de bananas cortas y gruesas como morcillas). Me gustaría guardarle unos cuantos buñuelos ahora, para meterlos en el ataúd.

Mientras Fuenci-Nònà decía esto, de los ojos de su madre salían gruesas e hiladas lágrimas que iban rellenando sus tardías arrugas. Verá se acercó a Fuenci-Nònà y le ofreció unos buñuelos sobre un plato blanco de plástico. Fuenci-Nònà cogió el plato y se colocó delante del gran ojo de buey, mirando fijamente el ataúd protegido por el grueso cristal.

– No sabía que nuestra despedida sería en un lugar como éste. Ni siquiera me quedará tu cara como recuerdo. No me has dado tiempo para prepararme y no podré vivir con este recuerdo tuyo. Mis hijos crecerán sin ti, los hijos de mis hijos jamás sabrán que tuvieron a un tío-abuelo llamado Cachito, porque no bastará hablarles de ti.

Verá seguía al lado de Fuenci, tratando de animarla para que llevase algún bocado a la boca. Fuenci cogía un buñuelo con los dedos pulgar e índice de su mano derecha. Cuando se disponía a llevarlo a la boca, unas lágrimas calladas caían a raudales sobre el buñuelo.

– *N tyá na'o ráa, n tyó'é tyallá* (no quiero comer, no tengo hambre) –decía Fuenci en bubi, entre sollozos y lágrimas, sonándose la nariz goteante.

Mientras Verá miraba a Fuenci-Nònà, aparecieron tres señoras muy mayores, de unos ochenta y tantos años cada una, y ataviadas con vestidos negros, largos, y pañuelos también negros cubriéndoles toda la cabeza y parte de la frente. Se dirigieron directamente hacia donde se encontraba mi sobrina Pitusa. En ese momento se acercó Mònamí. Lo mismo hice. Las tres señoras pidieron a Mònà (que así llamaban familiarmente a Mònamí) que se apartara. Así lo hizo. Una de ellas cogió la mano izquierda de mi sobrina y cubrió la frente de ésta con su mano derecha. Y en un bubi encriptado, secreto, casi desconocido por todos los presentes, hablaron así a Pitusa-Claudia:

– Si quieres acompañar a tu esposo al cementerio lo puedes hacer. Pero antes de que amanezca tendrás que ser poseída y dejar en el mismo lugar tu prenda interior. Recuerda que no eres la primera esposa del finado y que estás obligada a permanecer alejada de su última morada mientras la gente se despide de él.

Pitusa fue sacada del recinto por las tres señoras. Bajaron con ella en el ascensor y llegaron a la zona de la cafetería del tanatorio sur de Carabanchel. En ese momento desapareció toda la tristeza que se reflejaba en el rostro de mi sobrina. En la cafetería no había ninguno de los acompañantes de Anfiloquio Beacá Sobé, alias Cachito. Al lado de la entrada de la cafetería había un despacho con la puerta abierta. Pitusa se dirigió hacia allí y con su sonrisa irresistible, entabló conversaciones con el vigilante que se encontraba de guardia. En el despacho había otra puerta que daba a una pequeña habitación con un camastro.

Pitusa subió al cabo de un rato, sola y temblando de frío. Se acercó a su hermana Mònamí y

le preguntó si llevaba unas medias en el bolso, como era costumbre en ella. Ambas se metieron en los servicios de la sala mortuoria.

Ya era muy tarde, y la temperatura de la madrugada invitaba a la gente a cambiar de ubicación. Unos se metieron en la salita, otros bajaron a la cafetería del tanatorio y los más valientes siguieron fuera, charlando, sonriendo, bebiendo, ligando, quedando, etc. Seguro que hablaban de todo menos del muerto.

De vez en cuándo mi sobrina Pitusa salía de la salita para ver si sus "invitados" estaban bien atendidos. El bueno de Ministro había empezado a entonar canciones en latín y en bubi, pero esta vez en voz baja, quizá para no perturbar la paz de los demás finados. Las plañideras circunstanciales habían pasado a formar parte del coro. Y a medida que avanzaba la noche, el sueño se hacía dueño y señor de los cuerpos de los invitados que se encontraban en la salita. Algunas nalgas pasaron a ser almohadas, algunas manos sostuvieron mejillas y rostros entre los troncos relajados y crecidos en volumen debido a los numerosos partos. Había bocas abiertas mostrando lenguas relajadas entre ronquidos interrumpidos o continuos, ojos semiabiertos, alguna que otra ventosidad incontrolada, y una línea de baba en la comisura de alguna boca eran las señales inequívocas de que la gente había sido vencida por la noche. Por un momento, el sueño convirtió en iguales a Cachito y a sus acompañantes, con la única diferencia de que mientras éstos respiraban, masticaban saliva, o se tiraban sus ventosidades, él permanecía inmóvil, sin vida, invisible, oculto y protegido en su ataúd.

Pero Pitusa-Claudia permanecía de pie, unas veces con la mirada detenida durante un largo instante en el ataúd, y otras veces en la foto que presidía la negra mesita. De vez en cuando se acercaba a la madre de Cachito y ésta, al notar el calor del cuerpo de su ya exnuera, abría sus ojos aunque sin ver realmente a nadie. A eso de las seis de la mañana los acompañantes de mi sobrino consorte Cachito empezaron a incorporarse poco a poco. Algunas señoras abrían grandemente los ojos y rápidamente apretaban las carnes que el implacable sueño había distendido. Sus ya flácidos pechos volvían a su posición rellenando los sujetadores relavados que llevaban. Y lo mismo sucedía con sus "michelines" disimulados con sus largos y amplios vestidos africanos, o sus cabellos postizos durante algunas horas despeinados debido a las vueltas que dieron durante el inevitable y tormentoso o dulce sueño de la noche. Pero eran unas estampas que no impedían que muchos de los hombres clavaran sus ojos en algunas de esas señoras, tratando de impresionarlas y desnudarlas primero con miradas que expresaban sus deseos más instintivos; segundo con sus roces y palabras.

Volvieron las lágrimas. Ministro entonó las mismas canciones en latín, la lengua de los párrocos de la galleta en el cogote. Los hermanos de Cachito se agruparon todos ante el ojo de buey, con las miradas fijas en el ataúd cerrado.

– ¿Decís que el ataúd está cerrado? –preguntó Muápé, el hermano ciego de Cachito–. ¡Vaya por Dios! –siguió diciendo–. ¿Y cuándo van a abrir el ataúd para que podamos vestir a Cachito?

– No podremos vestirle –dijo Menas, el hermano veterinario–. Lo único que nos dejarán hacer

será entregar su traje a los empleados de la funeraria para que lo pongan sobre el cuerpo de quien en vida fue nuestro hermano.

Al escuchar a sus dos hijos hablar, la madre de Cachito rompió en lágrimas, siendo acompañada por su hija Fuenci-Nònà. Y mientras permanecían delante del cristal redondo en forma de ojo de buey, fueron llegando nuevos acompañantes. Las personas que habían pasado la noche en la salita, todas mujeres ya maduritas y versadas en los arcanos de la vida íntima marital, produjeron un overbukin en su ida y venida al cuarto de aseo, simplemente para exonerarse los bajos vientres. El escaso espacio de la salita no impidió que las solidarias señoras dedicaran unos cuantos minutos a quitarse algunas legañas, limpiarse algunas babas secas de sus comisuras y levantarse los pechos aplastados por el distendido cuerpo durante el sueño.

EL CORTEJO FÚNEBRE

A eso de las nueve de la mañana, dos empleados de la Funeraria se acercaron a Pitusa y le dijeron que iban ya a retirar el ataúd del expositor para llevarlo al lugar de despedida. Como si todos los acompañantes hubiesen sido avisados, bajaron a esperar a Cachito con las ganas ocultas de ver su cara con las órbitas vacías de sus ojos. Habría unas quinientas personas. Lágrimas, gritos de desesperación de la madre, de Fuenci, de algunas jóvenes señoras. Del tanatorio al cementerio hay unos quinientos metros. Al meter el ataúd en el coche de la Funeraria, los amigos de Cachito, unos quince, todos vestidos con pantalones cortos color negro, unas camisetas color naranja y unas deportivas, se colocaron delante del coche que llevaría los restos de mi sobrino consorte, y exigieron al conductor que abriera la parte trasera para que pudieran llevar el ataúd en volandas.

– Eso no se puede hacer –dijo el conductor–. Y, por favor, déjenme hacer mi trabajo.

– Nosotros no le impedimos hacer su trabajo –dijo uno de los deportistas del funeral, probablemente el capitán del grupo–. Queremos llevar el ataúd y este coche no se moverá de aquí si usted no *aceptas*.

– En mis veintiséis años de conductor de la Funeraria, jamás había visto una cosa igual –dijo el conductor–. Por favor, déjenme hacer mi trabajo o llamo a seguridad.

– Llama a seguridad, yo también soy seguridad –dijo el que había hablado, en su español especial, y mostrando una cartulina con la bandera de Guinea Ecuatorial–. Nosotros vamos a llevar esta caja con nuestras manos, usted nos *esperas* en el *cementereo*.

Conductor y deportistas se enzarzaron en una tremenda discusión. Mi sobrina Pitusa tuvo que intervenir para calmar los ánimos de los contendientes y así permitir la salida del coche funerario, como tenía que ser, al menos en estos contornos. El conductor se metió en el coche y arrancó. Pero tenía que ir a paso de peatón cansado, porque los futbolistas iban delante del coche dándole al balón, y Ministro seguía entonando sus cánticos fúnebres.

El conductor iba todo lo despacio que podía para evitar atropellar a alguno de los acompañantes de Cachito. Hasta que a unos cien metros de la entrada del cementerio, paró el coche y salió:

– No puedo hacer mi trabajo en estas condiciones –dijo el conductor–. De aquí no me muevo hasta que ustedes no dejen de ir delante del coche.

De nuevo hubo una acalorada discusión entre los futboleros y el conductor de la Funeraria. Pero esta vez tuvo que intervenir la madre del finado Anfiloquio Beacá Sobé, alias Cachito:

– Os pido que dejéis que enterremos a mi hijo, no puedo seguir regando este corto camino con mis lágrimas. Sé que era vuestro amigo y que le queríais mucho, pero os pido que dejéis paso al coche que lleva sus restos.

– Señora, sabemos que era su hijo, pero era nuestro amigo y tenemos que hacer esto –intervino uno de los futboleros–, porque es lo último que podemos hacer para soportar su ausencia en el futuro.

Había mucha gente, mayormente bubis de Basakato de la Sagrada Familia, poblado también conocido como "La ciudad del barco", *Rile'o* (depósito) o *Itòhí róppa'ë pölló* (el Sol que da en la frente). Todos esperaban en la entrada de la capilla funeraria. Cachito era católico practicante ocasional. Todos eran católicos, excepto Ntá Bösopé (bubi por los cuatro costados), y tenían que cumplir con este rito.

Los amigos deportistas del finado, algunos ya con cierta panza, se colocaron en círculo y siguieron dándole al balón.

– Nunca había visto algo semejante en ningún cementerio –era la voz de una señora blanca, muy entrada en años, que esperaba el turno para que su ya insensible y harto finado recibiera también los ritos católicos correspondientes.

– Lo que no deben hacer ustedes es tenernos aquí esperando tanto tiempo para enterrar a nuestro familiar –dijo otro señor, también blanco–. Si esto es lo que hacen en su país, en éste desde luego no, y mejor harían yéndose si no se adaptan a nuestras costumbres.

Tres de los osados y sufridos futboleros se dirigieron hacia el señor que acababa de hablar y en clara actitud agresiva, levantaron los puños para asestarle numerosos golpes. Pero algunos de los negros que acompañaban a Cachito en su última morada se interpusieron y pudieron evitar esa violencia cantada. Los ánimos entre unos y otros se caldearon. Hubo palabras altisonantes como "Ustedes los blancos estaban quinientos años en mi pueblo y no fueron pegados", "en época de Franco no pasaban esas cosas", "vosotros los españoles son unos racistas", "lo que deben hacer ustedes es respetar básicamente las normas de este país", etc.

El cura oficiante de las últimas exequias llevaba algún tiempo esperando que llegara el coche con los restos de Cachito. Al ver que blancos y negros se habían enzarzado en una acalorada discusión que no les permitió percatarse de que el coche ya estaba allí, entró en la iglesia y salió con

un megáfono blanquiazul:

– ¡Hermanos, hermanos, oremos para que este hermano nuestro sea admitido a la diestra de Dios nuestro padre, oremos para que Dios nuestro padre nos ayude a superar nuestro dolor y salgamos de aquí más hermanados! ¡Hermanos, hermanos!

Pero nadie parecía escucharle en ese momento. El cura oficiante inició la ceremonia y en diez minutos justos, ni más ni menos, el coche arrancó y se dirigió hacia el pabellón donde se encontraba el nicho que iba a servir de penúltima morada a los restos de Cachito, ya que cinco años después, los familiares tendrían que buscar otra morada a los huesos del difunto.

Todos los acompañantes de Anfiloquio Beacá Sobé tuvieron que acelerar el paso. Los sepultureros sacaron el ataúd con los restos del finado dentro. La última esposa de Cachito se mantenía a cierta distancia de los congregados, con su hijo. Fuenci- Nòná, la tía del niño, cogió la mano de éste y le llevó junto al ataúd de su hermano. Y entre lágrimas y gritos, dijo:

– ¡Despídete de tu padre, que ya no le verás más, despídete de él, toca la caja, tócalo, tu padre está dentro!

Algunos de los amigos futboleros cogieron al muchachín y lo tendieron sobre el ataúd. El niño no pudo resistirse ante tanto griterío y expresiones de dolor. Ministro entonó el "pueri hebreorum" y prácticamente todos le siguieron. Unas jóvenes plañideras seguían expresando su dolor, cada vez más fuerte. Algunas llegaron a rasgarse las blusas dejando ver la parte de los pechos que no cabían en la copa del sujetador. Mientras tanto los sepultureros, subidos a una grúa, levantaban el ataúd para introducirlo en el nicho más alto del pabellón.

Los amigos futboleros seguían dándole al balón mientras los sepultureros trataban de sellar con silicona la entrada del nicho. Todos los acompañantes miraban con rostros compungidos. El hijo de Pitu se hallaba ya junto a su madre. Ya se disponían a descender de la grúa los sepultureros cuando uno de ellos, el de mayor edad, según las apariencias físicas, fue alcanzado en pleno rostro por el balón. El hombre perdió el equilibrio y cayó. Pero su cuerpo no dio contra el suelo adoquinado, porque unas señoras le sirvieron como colchón sin pretenderlo. El hombre pronunció unas frases ininteligibles en amazigh, una lengua hablada en Ceuta y Melilla, ambas ciudades españolas en África. Quiso golpear a algún futbolero, pero no pudo, ya que en ese momento se abalanzaron sobre él. En seguida llegaron cinco guardias jurados con sus porras reglamentarias en alto y empezaron a repartir golpes entre los futboleros que agredían al sepulturero. Fue una batalla campal, como la de San Quintín, o la del Bötúkku Lubá en 1910 en la entonces isla de Fernando Poo. No se sabía si la gente gritaba porque habían ya tomado conciencia de la muerte y del entierro de Cachito-Anfiloquio, o si lo hacía por rabia, por ser testigo de una conducta tan execrable por parte de los futboleros ocasionales.

Los demás sepultureros bajaron del elevador y con sus espátulas, también se sumaron a la batalla entre blancos y negros, entre acompañantes y guardias jurados. La hermana del ya finado

Cachito se subió al elevador como pudo y habló tan alto que todos los contendientes pararon para ver de dónde salía una voz tan fuerte:

– ¡Basta ya!, *iseí kállo, tyuíi!,* basta ya.

En ese momento llegaba la Policía, como lo hacían siempre los militares de las "mangas verdes" (de ahí el dicho tan antiguo de "a buenas horas mangas verdes"). Pero los guardias jurados, en lugar de relatar los hechos como sucedieron, se limitaron a decir que fue la simple emoción y excitación de los amigos y acompañantes del muerto y que no había pasado nada. Y así fue. Porque a pesar de tanto altercado, a pesar de tantos empujones, caídas y zarandeos, nadie salió lesionado, ni siquiera levemente. Al final Nònà y Verá se acercaron a los guardias jurados y les invitaron a acompañarles a la casa del finado porque no era casualidad que estuvieran allí y que no hubieran acusado a los amigos de su ya difunto hermano de haber atentado contra el orden público.

Llegaron todos a la casa de Pitusa. Era en la calle Alcatraz. Cada una de las personas tenía que lavarse las manos con agua salada y untarlas con un poco de aceite de palma, porque así se hacía desde tiempos inmemoriales entre los bubis de Bioko. Incluso los bubis que se quedaron al otro lado del charco, los bakuere de Limbé en Camerún, hacían lo mismo. Una toalla blanca era utilizada para que cada cual se secara las manos. Se dice que, antiguamente, cuando los bubis enterraban a alguien, cogían la tierra con sus manos y al volver a la casa del finado, los familiares de éste tenían agua preparada, no salada, para que la gente se lavara las manos y que les daban aceite de palma para la suavización de éstas. Ahora ya se utilizan palas, o no hay barro en el cementerio de Carabanchel, pero los bubis siguen haciendo lo mismo. Había gente en la escalera y en la calle, porque no había sitio suficiente en la casa. Las señoras que habían formado el servicio del catering en la sala mortuoria volvieron a hacer lo mismo. Verá se preocupó de atender a los guardias jurados. Les ofreció algo de beber. Hubo comida para todos.

Al cabo de dos tres horas, había unos seiscientos y pico de negros concentrados en esa parte de la calle Alcatraz de Carabanchel. Sonaron las sirenas de la Policía y aparecieron tres coches.

– Despejen la vía –decía un policía desde la megafonía del coche–, despejen la vía.

Los congregados hicieron un esfuerzo y despejaron la vía. Los policías pararon sus coches en plena calle y bajaron, con sus armas reglamentarias.

– Hacen demasiado alboroto y no pueden estar en la calle –dijo el policía que llevaba unos galones con un rectángulo y un comecocos.

– Agente, venimos de enterrar a mi hermano –dijo Muápé el invidente–. Si estamos aquí es porque en la casa no cabemos todos.

– Entonces, váyanse a sus casas, pero en la calle no pueden estar –insistió el policía.

– ¿Está ya prohibido estar en la calle? Creí que eso se hacía en época de Franco –preguntó uno de los congregados.

– ¡Menos cachondeo! Además, documentación, venga, vamos, documentación.

En ese momento bajaron los guardias jurados y encontraron la escena. Se acercaron a los policías y todos se saludaron efusivamente. Intercambiaron algunas palabras en su jerga profesional y los policías devolvieron los carnés que habían requisado para proceder a la comprobación de los datos. Por la noche, a eso de las nueve, ya solo quedaban los familiares directos de Pitusa en la casa. Los de Cachito se habían marchado. Mi sobrina se puso a llorar desconsoladamente, abrazada a sus dos hijos.

– No sé si me despertaré de este sueño algún día –dijo mi afligida sobrina–. Pero ahora quiero dormir un poco.

Se metió en su habitación, la que había compartido con el ya difunto Cachito durante tantos años, y con tantos momentos agradables y no agradables. Encima de la cama vio un paquetito bien envuelto. Lo miró detenidamente. Lo acarició y cuando se disponía a abrirlo, aparecieron las tres señoras mayores, siempre vestidas de negro y con pañuelos cubriéndoles la cabeza y parte de la frente.

– Has hecho lo que se te dijo y todo ha salido bien –intervino la señora que habló en la sala mortuoria–. Cuando abras este paquetito y veas lo que contiene, recuerda que no volverás jamás a conocer a ningún hombre que no sea extranjero de tu pueblo.

Pitusa abrió el envoltorio y de él salieron las braguitas que había perdido en la salita del despacho que había a la entrada de la cafetería del tanatorio sur de Carabanchel. En el saloncito de su casa estaba puesta la televisión y se hablaba de un músico negro ya fallecido hacía muchísimos años. Su hija, entonces una cría de unos meses, cantaba ahora con su padre:

Cachito, cachito, cachito mío,
Pedazo de cielo que Dios me dio,
Te miro y te miro y al fin bendigo,
Bendigo la suerte de ser tu amor.

Son las cosas de la televisión. Quizá también Bëèlò, el hijo del finado Anfiloquio Beacá Sobé, vea a su padre mañana y le pregunte cómo pasó todo, y por qué murió tan pronto. Quizá mañana padre difunto e hijo se junten cada uno en su mundo para hacer algo en común, como Nat King Cole y su hija.

El refrán bubi de “los veinte años de ausencia no son para siempre”, no había impedido que los bubis siguieran practicando sus costumbres, o lo que recordaban de ellas.